

Felipe Arturo Ávila Espinosa

Entre el Porfiriato y la Revolución
El gobierno interino de Francisco León de la Barra

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2012

159 p.

(Serie Historia Moderna y Contemporánea, 44)

ISBN 10: 970-32-2779-1

ISBN 13: 978-970-32-2780-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 31 de marzo de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/porfiriato/revolucion.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, Ciudad de México

EPÍLOGO

El 6 de noviembre de 1911 León de la Barra leyó ante la Cámara de Diputados el informe final de su gestión al frente del gobierno interino. En él subrayó que su principal encomienda —el restablecimiento de la paz y la organización de elecciones libres en las que se respetara la voluntad popular— la había llevado a cabo satisfactoriamente. Sin embargo, reconoció también las dificultades y los saldos pendientes de su administración. Para lograr la paz social había sido necesario desarmar a los grupos revolucionarios y, aunque la mayor parte de esta tarea se había realizado, aún persistían algunos grupos armados que habían desafiado al gobierno central. El caso más extremo de esta postura era el zapatismo, al que De la Barra calificó como el principal problema político del país, que no había podido ser reducido tanto por el apoyo social que había encontrado al prometer el reparto de tierras, como por sus características guerrilleras, su gran movilidad y conocimiento del terreno que habían dificultado la operación del ejército federal.¹

Hizo también una explicación de las decisiones que había tomado la administración federal para resolver los problemas que se habían presentado en Sonora, Aguascalientes, Chiapas y Baja California, en donde habían tenido que intervenir el ejército y las fuerzas rurales para restablecer la paz y el orden constitucional e informó que se había cumplido ese cometido. Mencionó también que era consciente de las limitaciones para dar una solución de fondo a los problemas laborales y agrarios, pero que su administración había dado los primeros pasos, indicativos, para llevar a cabo ese propósito con la creación del Departamento del Trabajo y de la Comisión Nacional Agraria, oficinas federales que se abocarían a estudiar y proponer las mejores formas de resolver los conflictos laborales y agrarios dentro de la ley y los canales institucionales, con una moderada intervención estatal como mediadora entre las clases.²

Finalmente, ratificó su compromiso con el principio de no reelección y el cumplimiento escrupuloso de su palabra en no contender

¹ Informe de Francisco León de la Barra a la Cámara de Diputados, 6 de noviembre de 1911, *ADB*, 2:157.

² *Ibidem*.

por la presidencia y señaló que entregaba unas finanzas públicas sanas, superavitarias, a pesar de las dificultades que habían tenido que sortearse y de los gastos extraordinarios causados por el desarme. El mensaje final fue de optimismo. Confiaba en que el país superaría los obstáculos, sin derramamiento de sangre, dentro del respeto a la ley y a las instituciones, con un espíritu de unión.³ Terminaba así un periodo decisivo en la historia de la revolución mexicana.

El balance del interinato es un asunto complejo. Por una parte, en lo que fue quizá su principal característica, cumplió el cometido de ser el puente entre el fin del porfiriato y el comienzo de la nueva era revolucionaria, en medio de muchas confrontaciones y conflictos políticos. El pacto esencial entre las elites, entre los dirigentes maderistas y la clase política sobreviviente del porfiriato de realizar el relevo del gobierno porfiriano dentro del marco de la ley y las instituciones pudo ser llevado a cabo con relativo éxito. Para realizar esa tarea la condición necesaria había sido desmovilizar a los grupos revolucionarios, controlar a sus dirigentes y desactivar las demandas de reformas sociales y económicas más radicales e impacientes y tratar de canalizarlas por la vía legal. En este segundo objetivo el gobierno interino —apoyado por el poder paralelo de Madero— también fue exitoso.

Pero el costo político de llevar a cabo estos objetivos había sido muy alto. Se había escindido la amplia coalición maderista inicial. Los grupos populares más radicales se sintieron traicionados por la tibieza o negativa a establecer reformas sociales inmediatas y, aunque esas demandas fueron desactivadas, esa neutralización fue temporal y sólo logró la posposición de nuevos enfrentamientos, que resurgieron con más fuerza en el gobierno de Madero y, todavía más, luego de su muerte. El carácter social y radical de la revolución mexicana se había manifestado ya desde la insurrección maderista y en el interinato, no solamente en las etapas posteriores a 1914. Las demandas sociales, la composición de los grupos populares, los liderazgos y la movilización que luego ocuparían un papel relevante en la escena política de los años siguientes, hicieron su aparición desde los meses finales del porfiriato y en los que siguieron a su caída. Hubo pues una continuidad que no ha sido suficientemente señalada entre la insurrección y la movilización popular de la primera etapa de la revolución y las fases siguientes.

También hubo una continuidad notoria en la concepción y en la actividad del gobierno encabezado por León de la Barra y el gobierno constitucional de Madero, y entre ambos y una parte de la clase en el

³ *Ibidem.*

poder de los últimos años de Díaz, lo que muestra que se había desarrollado un consenso básico entre la clase gobernante de que había que buscar atender las demandas sociales con una postura que tenía que ir más allá del liberalismo clásico tradicional, mediante una mayor intervención del Estado como regulador y mediador del conflicto social.⁴ Esta postura, aunque apuntaba a una transformación sustancial de la concepción de la actividad estatal, resultó ser insuficiente ante la presión de una revolución popular que exigía reformas más radicales e inmediatas y el empuje de liderazgos surgidos de abajo que no pudieron ser asimilados por los nuevos gobernantes. Por ello, el apoyo popular y la legitimidad ante los grupos más radicales del gobierno interino se fue debilitando aceleradamente. Esta deslegitimación continuó también con Madero y estuvo en la base de la fragilidad política que hizo que el experimento maderista fracasara.

Finalmente, quizá la mayor diferencia entre el gobierno de León de la Barra y el liderazgo de Madero fue que aquél tuvo el apoyo decidido de las clases altas y de poderosas instituciones como el ejército y la Iglesia, mientras que Madero nunca contó con el beneplácito de sectores importantes de las oligarquías. El apoyo de Madero eran las clases medias y populares y un sector excluido de las elites. El proyecto maderista enfrentó desde el comienzo un decidido rechazo de los grupos privilegiados y conservadores, que se fue acentuando conforme avanzó el periodo interino en la medida en que se debilitaba la fuerza del líder revolucionario y los sectores que se le oponían tomaban mayor seguridad y confianza en que podían desafiarlo. Pero, con todo, el Interinato no pudo ser un régimen de restauración porfiriana, la revolución había modificado la correlación de fuerzas entre las clases fundamentales y había permitido la irrupción, en primer plano, de sectores y grupos hasta entonces excluidos que no pudieron ya ser ignorados. El Interinato fue un periodo agitado y convulso, de gran riqueza política, en donde empezaron a ensayarse nuevos proyectos políticos y paradigmas de la acción estatal, que se desarrollarían plenamente años después.

⁴ Henderson, *op. cit.*, p. 189-190.

